ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMATICA.

EL HIJO DE MI AMIGO

JUGUETE COMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SALVADOR LASTRA.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades la noche del 10 de Abril de 1875.

MADRID:
SEVILLA, 14, PRAL.
1875.

9

Querido Mariano.

Atiende lo que te digo
no quiero chicos estraños
que dan muchos desengaños
ahí vá

EL HIJO DE MI AMIGO.

En nombre del padre
de este Hijo, el hijo
de ese padre

Fernando

5-10 901

EL HIJO DE MI AMIGO

JUGUETE COMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SALVADOR LASTRA.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades la noche del 10 de Abril de 1875.

MADRID:
IMP. DE DIEGO VALERO, SOLDADO, 4.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES.	Doña Concepcion Rodriguez.
JULIA.	» Luisa Rodriguez.
TORIBIA..	» Aurora Rodriguez.
CARLOS.	Don José Vallés.
DON ANTONIO. . .	» Antonio Riquelme.
DON GENARO. . .	» Mariano Martinez.

Época actual.

Al Sr. D. José Vallés.

Mi querido amigo: Al dedicar á V. este pobre trabajo, lleno un deber de gratitud y cariño. Permita V. esta satisfaccion á su amigo y compañero,

EL AUTOR.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puertas laterales y al foro. Mesa de despacho, con libros, escribanía, papeles un cajon de cigarros con diez ú once. Tirador de campanilla al foro.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, á poco MERCEDES.

ANT. Nada; no está aquí. (Registrando los cajones de la mesa.) Ni aquí tampoco. Pues señor, dónde demonios he metido mi dichosa cartera!.. Qué apostamos á que la he perdido!.. Pero si yo la tenia esta mañana en este bolsillo de la levita... como que he metido en ella la carta de Amalia, pidiéndome una entrevista, y despues... se me habrá caido en el comedor? Cáspita, si cae en poder de mi mujer y se entera de la carta!.. preguntemos á la criada, no haga el diablo!.. (Sube al foro y tira del cordon de la campanilla. Durante esta escena no cesa de llamar hasta que se rompe el cordon.) Pero está sorda esta chica?

MER. (Saliendo.) Pero qué te pasa Antonio? Por qué armas tanto ruido?

ANT. Pues con todo, ese demonio de Toribia no viene. Estará haciendo señas á su novio desde el balcon, y aunque se caiga la casa... Toribia! Nada, se ha puesto algodones en los oidos.

MER. Para qué la quieres?

ANT. Para preguntarla si se ha encontrado mi cartera en el comedor.

MER. Y solamente para eso alborotas la casa? Por una triste cartera!...

ANT. No es por lo que en sí vale la cartera, sino por lo que hay dentro. Pero, señor, ni que lo hiciera á drede. (Vuelve á llamar.)

MER. Más sencillo hubiera sido ir adentro á preguntárselo y no armar este escándalo.

ANT. Y para qué le pago yo tres duros mensuales? para servirme, ó para estar todo el dia haciendo señas á ese hotentote de ahí enfrente. (Rompe el cordon de la campanilla.) Bien; ya se rompió el cordon de la campanilla... Que no se le rompiera una pierna. (Bajando.)

MER. Es claro; con ese maldito génio tan vivo que Dios te ha dado, eres capaz...

ANT. Si no me quejo nunca con razon! Si Toribia hace muy bien en no venir cuando se la llama!

MER. No digo eso; pero tú quieres que en el momento que mandas una cosa todo el mundo te obedezca por ferro-carril.

ANT. Pues lo que es ahora me parece que viene montada en una tortuga.

MER. Vamos, aquí la tienes.

ESCENA II.

DICHOS, TORIBIA, foro izquierda.

TOR. Han llamadu lus señores?

ANT. No, hija mia, no he llamado; he tocado á arrebato. Dónde estabas?

TOR. Toma, en la cucina.

ANT. Y por qué no has venido enseguida que te he llamado?

TOR. Otra! Pues si he venidu curriendo.

ANT. Si? Pues te prevengo que como sigas corriendo de ese modo, te planto en la calle.

TOR. Pues yo qué he hecho?

ANT. Estar todo el dia en el balcon hablando con el carbonero de enfrente, y no cumplir con tu obligacion.

TOR. Esu nu es cierto; yo hagu todu lo que puedu y hablu todu lo que puedu. Además, es paisano mio y me pregunta por la tierra, y yo tengu que responderle.

ANT. Menos conversacion y más obediencia. Díme, has visto esta mañana una cartera que se me ha caido en el comedor?

TOR. Una cartera? Dunde usted guarda lus cigarros?

ANT. Eso es una petaca.

TOR. Pus entonces nun la he vistu.

ANT. Pero señor, dónde habré puesto esa cartera?

MER. Tal vez se te haya caido en la calle.

ANT. Cuándo, si no he salido en toda la mañana. Has mirado bien debajo de la mesa?

TOR. Aguarde usted un poco.

ANT. Qué, sabes dónde está?

TOR. La cartera?

ANT. Sí.

TOR. Nun señor. Pero esta mañana, recogiendo el serviciu, me he encontrado este papel en el suelu, en el sitio en que usted pone las patas de la silla. (Dándole una carta.)

ANT. Tú si que tienes patas. Trae. (Será la carta de Amalia).

MER. Qué papel es ese?

ANT. Nada, pichoncita mia, es la cuenta del sastre. Vete y busca por toda la casa la cartera. Y cuando la encuentres tráemela enseguida.

TOR. Y si nun la encuentro ¿qué hagu?

ANT. Volverla á buscar.

TOR. Pues voy enseguida... (á hablar con mi novio, que la cartera ya parecerá si quiere, y si no que nun parezca.) (Váse foro.)

ESCENA III.

MERCEDES, ANTONIO.

MER. Quieres hacerme el favor de dejarme leer la cuenta del sastre?

ANT. (Dios me valga.) Vaya un capricho! Y para qué quieres ver.....

MER. Tú lo has dicho, es un capricho que tengo. Con que dámela.

ANT. Pero si está muy mal escrita... no la vas á entender.

MER. No importa.

ANT. Corriente, te la daré... pero mujer, quién te ha hecho ese vestido? Está horriblemente cortado.

MER. Quién ha de ser? la modista.

ANT. Pues es preciso que tomes otra inmediatamente. Qué mal gusto en los adornos y qué talle más alto... decididamente debes mudar de modista. Por qué no mandas llamar á la de tu prima, que dicen que tiene unas manos de primer órden? Mira, y te mandas hacer un par de vestidos.

MER. Pero, y la cuenta?

ANT. La de la modista?

MER. No, la del sastre.

ANT. Del sastre? Ah, sí! ya no me acordaba... Dónde la he puesto yo... (Buscando en los bolsillos.) Aquí no está... ni aquí!.. Qué apostamos á que ya la he

perdido!.. Hombre, esto es capaz de hacer perder la paciencia á un santo. Has visto qué memoria la mia?.. No sé dónde pongo las cosas.

MER. Pues yo sí; mírate en el bolsillo interior del pecho.

ANT. Vamos, querrás creer que no me acordaba de semejante bolsillo...?

MER. Qué casualidad!

ANT. Como lo oyes! Tú no quieres creer que he perdido la memoria. El otro dia me pasó la cosa más graciosa... Figúrate que yo estaba...

MER. Bien, bien; ya me lo contarás despues, ahora dame la cuenta.

ANT. Pero si es cosa muy corta... Figúrate que yo estaba en el Suizo...

MER. Señor don Antonio! Su insistencia en no darme ese papel me hace sospechar que usted me engaña. Deme usted esa cuenta al momento.

ANT. (Pues señor, no hay remedio. El trueno gordo!) Engañarte yo, yo! Toma! (Dándole la carta.)

MER. Una carta? Pues no decias que era una cuenta? Pobre de tí si mis sospechas se realizan.

ANT. (No hay más, es la carta de Amalia.)

MER. (Leyendo.) «Querido amigo!» Con qué franqueza te trata tu sastre. «Cuando recibas ésta ya habrá llegado mi hijo á Madrid.»

ANT. Calla, pues si no es...

MER. El qué?

ANT. La cuenta! Esa es la carta de mi amigo Robustiano que he recibido esta mañana.

MER. Al mismo tiempo que la cuenta?

ANT. Precisamente, y por eso al pronto creí que... (Respiro! Si llega á ser la carta de Amalia no es jaleo el que aquí se arma.)

MER. Tal vez esté la cuenta en el fondo del bolsillo!... Déjame ver.

ANT. Registra lo que quieras... Me crees á mi capaz de

engañarte? (Mercedes registra los bolsillos de la levita.) Vamos, estás convencida?

MER. Por el pronto lo estoy; toma tu carta. Pero esto no quita para que crea que me engañas.

ANT. Todavía sigues en esa idea?

MER. Tu conducta me dá derecho para ello. Ea, adios.

ANT. Qué es eso? Vas á salir?

MER. Voy á hacer unas compras á la calle de Postas, pero vuelvo enseguida.

ANT. Pues hasta luego, pichoncita!

MER. Hasta luego. (Marchándose.)

ANT. (Es preciso obrar con cautela, no sea que mi mujer descubra...)

MER. (Bajando y dándole en el hombro.) Te prevengo que sigo todos tus pasos... Pobre de tí, como te tuerzas! (Vase.)

ESCENA IV.

ANTONIO.

Mi mujer sabe algo! No hay quien me lo quite de la cabeza! Pero qué es lo que sabe? Eso es precisamente lo que yo no sé. Conviene estar prevenido y no parecer por casa de Amalia en mucho tiempo. Lo que ahora me interesa es encontrar mi cartera y cumplir con el encargo que me hizo mi sobrino Luis antes de morirse. Devolver el paquete de cartas á Julia, sin que se entere su esposo D. Genaro. La comision no deja de ser delicada, y si no fuera porque se lo prometí á mi sobrino.. Y ahora que recuerdo; tengo que ir á la fonda de los Leones á ver si ha llegado el hijo de mi amigo Robustiano, y ponerme á su disposicion. Hé aquí una ganga que me llega de provincia! Un jóven que nunca ha venido á Madrid y á quien es preciso enseñar todo lo más notable de

la córte; ser su mentor, y por contera darle á conocer lo que es el mundo; porque segun me escribe su padre es muy inocente y muy corto de génio. Me voy á divertir por unos cuantos dias.... En fin, vamos á arreglarnos un poco, y de paso buscaré por mi gabinete la dichosa cartera! Aunque tengo la seguridad de que me la dejé en el comedor esta mañana. (Vase.)

ESCENA V.

TORIBIA y CÁRLOS, foro derecha.

TOR. Peru puedu saber, caballero, por quién pregunta usted? (Toribia entra detrás de Cárlos, el cual se sienta á la izquierda.)

CÁRL. Contando con tu permiso, me sentaré primero, porque vengo muy cansado. Ajá já! Cáspita, ciento y pico de escalones de un tiron, es capaz de reventar á cualquiera.

TOR. (Pues me gusta la franqueza.)

CÁR. Te doy muchas gracias por tu excesiva amabilidad, doncella.

TOR. Nun señor, me llamu Toribia.

CÁR. Toribia? (He debido comprenderlo al oir su hermoso acento.)

TOR. Y soy natural de...

CÁR. «En un rincon de Astúrias D. Pelayo...

TOR. Nun señor, que nun soy de ningun rincon, sino de Oviedo.

CÁR. De Oviedo? De allí era la última criada que echaron de casa por mi culpa.

TOR. Peru quiere usted decirme á quién busca?

CÁR. Pues qué, no te lo he dicho ya, incomparable fámula?

TOR. Nun señor; y ya le he dicho que me llamu Turibia.

CAR. Este carácter mio... ya se vé, como soy tan corto

de génio... (cogiendo una silla y colocando en ella los piés.) es necesario un gancho para sacarme las palabras. Pues si no fuera por esto, ya hace tiempo que tendria yo un destino de veinte ó treinta mil reales en el ministerio de Hacienda, ó seria diputado, que no me faltan conocimientos en Cádiz, ni dinero para comprar votos. Pero mi maldita timidez se ha empeñado en que no salga nunca de la esfera en que estoy colocado, y por más esfuerzos que hace mi familia y mis amigos, nada!.. me falta lo principal, la osadía, y sin ella no se alcanza nada en este mundo. (Metiendo mano al cajon de los cigarros y sacando uno y encendiéndolo.)

TOR. Peru qué hace usted?

CÁR. No lo vés, fumar.

TOR. Ya, peru esus cigarros son del amu.

CÁR. Ya lo sé; crees tú que si fueran de otro iba yo á permitirme... pues bonito génio tengo yo para eso... soy capaz de morirme de hambre por no pedir... y que son muy buenos. Voy á cojer otro para despues. (Toma otro y se lo guarda.)

TOR. Caballero, si no se está usted quieto llamu al amu.

CÁR. No te enfades, rolliza maritornes.

TOR. Le he dicho ya que Toribia.

CAR. Tú no sabes quién soy yo, pues de lo contrario no te enfadarías conmigo. Yo tengo derecho á cojer todo cuanto quiera en esta casa, sin que por ello se incomode el dueño de ella. Vamos, vén acá y hablemos como buenos amigos. ¿Tienes novio?

TOR. Je, je! Esu nun se pregunta.

CAR. (Es verdad; lo difícil seria tener marido.) Y qué tal, es buen mozo?

TOR. Anda, anda; si es más grande que usted.

CAR. Lo creo.

TOR. Es el carbonero de enfrente.

CAR. Qué porvenir más negro te espera! Pues para que veas lo que soy yo, toma, dale estos dos cigarros de mi parte, (Cogiéndolos del cajon.)

TOR. Dos? Pues si todus los dias cogo yo cuatro para él, sin que lo vea el amu.

CAR. Ah! conque todos los dias cojes... (Estos génios atrevidos son los que yo envidio.) Pero no estés de pié, siéntate á mi lado. (Tiene muy buenos ojos esta maritornes.) (Ofreciéndole la silla en que tenia colocados los piés.)

TOR. Es que tengu que hacer por allá drentu. (Sentándose.)

CAR. No tengas prisa, que el rato que pases á mi lado no te pesará. Y en prueba de ello, toma, no los cuatro cigarros que te presta tu amo, sino seis. (Cogiéndolos del cajon y dándoselos.)

TOR. Muchas gracias. Peru si el amu echa de ver...

CAR. Ya te he dicho que yo puedo hacer eso y mucho más. Sabes que es una lástima que tus manos se estropeen en la cocina! Son muy bonitas! (Cogiéndolas.)

TOR. Je, jé! Que pillin es usted.

CÁR. Díme, cómo se compuso tu novio para decirte que te queria?

TOR. Toma, un dia que fuí por carbon me cogió la manu y me diju: Turibia yo te quiero.

CÁR Hé ahí una cosa que no he podido hacer en mi vida, decir á una mujer «yo la quiero á usted.» (Abrazando á Toribia, pasando la mano por detrás.)

TOR. (Sin separarse.) Peru que hace usted!

CÁR No hagas caso, continúa.

TOR. Je, je! que locu es usted, señorito.

ESCENA VI.

DICHOS, DON ANTONIO.

ANT. Muy bien.

TOR. El amu. (Levantándose.)

ANT. Pero qué escándalo es éste? Puedo saber caballero con qué derecho...

CÁR. Tengo el honor, caballero, de hablar con el señor don Antonio García?

ANT. Muy señor mio! Pero antes quisiera saber...

CÁR. Déme usted un abrazo.

ANT. Cómo?

CÁR. Abráceme usted sin ningun temor.

ANT. (Si estará loco y le habrá dado la manía por abrazar.)

CÁR. Yo soy Cárlos.

ANT. Y qué?

CÁR. No me conoce usted?

ANT. No señor.

CÁR. Conqué no conoce usted al hijo de su amigo Robustiano Espinosa?

ANT. Acabára usted de una vez. Conque es usted Carlitos?... Caramba! Como era usted un chiquillo cuando yo le dejé... Y cómo queda mi amigo Robustiano?

CÁR. Tan bueno, y encargándome repetidas veces que le diera á usted un abrazo de su parte. Esto mismo le estaba contando á la muchacha cuando usted entró, y para que lo comprendiera bien....

ANT. La abrazaba usted?

CÁR. Justamente.

ANT. Sí, eh? (A otro perro con ese hueso.)

CÁR. Recibió usted la carta de mi papá?

ANT. Sí señor; y en este momento me dirigia á la fonda de los Leones á ofrecerle á usted mi casa.

CÁR. Mil gracias.

ANT. Y este animal que no me avisa!

CÁR. No tiene ella la culpa, sino mi maldito carácter tan apocado... temia molestarle á usted.

ANT. De ningun modo. Qué haces aquí? Vete á dentro y cuida de buscar bien la cartera.

TOR. (Pues si nun parece hasta que yo la busque.) (Vase foro izquierda.)

ESCENA VII.

D. ANTONIO. CÁRLOS.

ANT. Tome usted asiento, mi querido Cárlos.

CÁR. Con el permiso de usted.

ANT. Y qué tal ha sido el viaje?

CÁR. Muy molesto, porque no he podido cerrar los ojos en toda la noche. Figúrese usted que tenia á mi izquierda á un partidario de Frascuelo y á mi derecha otro de Lagartijo.

ANT. Riña segura. Y qué le parece á usted Madrid; le gusta?

CÁR. Muchísimo, en lo poco que he podido ver.

ANT. Pues ya verá usted cuando lleve algun tiempo, cómo le gusta más. Aquí hay mucho que admirar: el Museo, el Retiro, el Palacio real, el Prado, la Fuente Castellana, los ministerios, los teatros... Todos los dias muy temprano toma usted un coche, y con una lista que yo le daré, visita usted solo todos los sitios más notables de Madrid. (Y así me libro de acompañarte.)

CÁR. Yo habia pensado otra cosa.

ANT. Diga usted.

CÁR. Que usted se tomara la molestia de acompañarme, para hacerme de paso las explicaciones necesarias...

ANT. Con muchísimo gusto. (Me partió.)

CÁR. Y si á usted le parece, en vez de ir en coche, iremos á pié, para que de paso pueda admirar todo lo que se halle en nuestro camino.

ANT. Corriente. (Pues me voy á divertir con tanto paseo.)

CÁR. De manera, que todos los dias, despues de almorzar, á paseo.

ANT. (Me cayó la lotería.)

CÁR. Damos la vuelta á casa, comemos, y enseguida á paseo. Y de noche...

ANT. Tambien á paseo?

CÁR. No señor, á los teatros. Cada noche iremos á uno. Empezaremos por el Español, y acabaremos por el último café-teatro.

ANT. Me parece muy bien.

CÁR. De este modo, en pocos dias no queda nada en Madrid que yo no haya visto.

ANT. (Y á mí no me quedan ganas de andar en toda mi vida.)

CÁR. Despues me presentará usted á todos sus amigos, me llevará usted á las reuniones, y todas las semanas dará usted un baile, haber si por este medio se consigue que yo cambie de carácter, que no sea tan corto de génio.

ANT. (La fortuna que tengo, es que tú vivirás en tu casa y yo en la mia, y no será fácil que puedas pescarme.)

ESCENA VIII.

DICHOS, TORIBIA, á poco TORIBIA y MOZO con equipaje y cajas.

TOR. Señor.

ANT. Qué, ha parecido la cartera?

TOR. Nun señor.

ANT. Pues entonces á qué vienes? yo no te he llamado.

TOR. Ahí hay un mozu que trae un equipaje.

ANT. Equipaje? Sin duda se ha equivocado. Díle que se vaya.

CAR. Al contrario; díle que entre.

ANT. Cómo?

CAR. Ese equipaje es el mio, señor don Antonio.

ANT. Ah!

CAR. Comprendiendo que usted me tendria dispuesta habitacion en su casa, y que no me dejaría vivir

en la fonda por más tiempo, me he adelantado á sus deseos de usted.

ANT. Sí, con efecto... (Caracoles con el niño.)

CAR. De no ser así, nunca me hubiera atrevido... bonito génio tengo yo para eso.

ANT. (Ya lo voy conociendo.)

CAR. Pues usted dirá la habitacion que me tenia preparada, para que pasen mi equipaje.

ANT. La habitacion?

CAR. Nada de lujo, eh? En cualquier parte, yo soy de confianza.

ANT. Esta casa es tan reducida...

CAR. Yo me coloco en cualquier rincon. Con que tenga una alcoba, un gabinete y una sala con balcones á la calle, me basta.

ANT. (Pues podias pedir más.)

TOR. Qué le digu al mozu?

ANT. Qué le has de decir? que pase el equipaje á esa habitacion.

TOR. Curriente. (Váse foro.)

CAR. Y no me presenta usted á su señora? Tengo ganas de conocerla.

ANT. Hará cosa de un cuarto de hora que ha salido, pero no tardará en volver. (Sale Toribia y el mozo con el equipaje.)

TOR. Pur aquí. (Señalando la puerta derecha segunda y vánse.)

CAR. Ten cuidado con esa caja, que vá dentro una cosa muy delicada.

ANT. Es algun objeto de arte?

CAR. Es un cornetin.

ANT. (Asustado.) Usted toca el cornetin?

CAR. No señor; es una medicina que me han mandado para las calenturas intermitentes que padezco.

ANT. Y le han recetado á usted un cornetin?

CAR. Me ha dicho el médico que cada vez que sienta el frio, toque con todas mis fuerzas hasta que entre en calor.

ANT. Y le dá á usted muy á menudo el frio?
CAR. Dos ó tres veces al dia.
ANT. (Pues voy á estar divertido.) (Sale Toribia con el mozo puerta derecha.)
TOR. Ya está todu arregladu.
CAR. Hágame usted el favor de pagarle al mozo, que yo no tengo suelto.
ANT. (Tambien esto?) Toma y lárgate de aquí. (Dándole una moneda al mozo, que se vá.) (Me parece que no está una semana en mi casa.) (A Toribia.) Oye, que no dejes de buscar la cartera. Y si la encuentras no vayas á entregársela á mi esposa.
TOR. Descuide usted. (Váse foro.)

ESCENA IX.

DON ANTONIO, CARLOS.

CAR. Parece que hay gran interés en que parezca la cartera?
ANT. Está llena de papeles muy importantes.
CAR. Cartas amorosas, eh?
ANT. No señor... recibos... escrituras...
CAR. Que no quiere usted que vea su esposa? Vamos, don Antonio, sea usted franco conmigo. En esa cartera tambien habrá alguna carta escrita por una mujer...
ANT. Cómo?
CAR. Si ya mi papá me ha dicho lo amante que es usted de ese sexo encantador. Alguna modista, eh? Género muy travieso.
ANT. Pero si yo no...
CAR. No tenga usted miedo en confesarme la verdad. Si yo no he de decir una palabra. Lo que usted me diga á mí, es lo mismo que si cayera en un pozo. En, fin, ya vé usted mi génio, que necesitan pincharme para que hable.

ANT. Oh, sí, ya lo estoy viendo.

CAR. Con que ha dicho usted que es modista?

ANT. Yo no he dicho nada.

CAR. Pero lo ha dado usted á entender, que es lo mismo. Y hace mucho tiempo que tiene usted relaciones con esa mujer?

ANT. Chist!.. Baje usted la voz.

CAR. Cuando yo decia... Y hace mucho tiempo que...

ANT. (Es una mosca.) Me promete usted guardar el secreto? Vá en ello mi tranquilidad.

CAR. Puede usted tranquilizarse.

ANT. Siendo así, le diré que hace seis años en Capellanes bailé un wals con esa mujer.

CAR. Con la modista?

ANT. Dale, si no es modista. De resultas de aquel wals nos amamos, y como era de esperar...

CAR. No siempre se espera.

ANT. El qué!

CAR. Eso... que usted iba á decir.

ANT. Es cierto. Continúo; fuí padre.

CAR. Hola, no se equivocó usted.

ANT. En qué?

CAR. En... esperarlo.

ANT. Sí; pero al año murió de garrotillo. Yo quise acabar con aquellas relaciones, pero no tuve valor para decírselo. Y aquí me tiene usted que por temor á un escándalo sigo siendo soltero para esa mujer. Yo quisiera acabar de una vez con ella, pero temo que venga aquí y mi mujer se entere.

CAR. Dónde vive?

ANT. Aquí cerca, en la calle de la Cruz, número 10, tercero.

CAR. Yo le libraré á usted de ese compromiso!

ANT. Cómo?

CAR. No lo sé, pero yo le libraré.

ANT. Me hará usted un gran favor. Pero le encargo á

usted el mayor sigilo... sobre todo que mi mujer no se entere.

CAR. Descuide usted. Secreto que á mí se me confia... Ayer en el tren, un viajero á quien yo le inspiré confianza, me contó unos amores que tuvo con una mujer que hoy está casada con un viejo, donde danza un paquete de cartas y retratos y... don Génaro Perez se llama el tal.

ANT. Le conozco.

CAR. Pues me encargó el secreto, y yo prometí guardarlo. Lo que no recuerdo es el nombre de ella.

ANT. Y dice usted que llegó ayer á Madrid?

CÁR. Sí señor.

ANT. (Demonio! Ya no puedo ir á su casa á entregar el paquete de cartas á su mujer.)

ESCENA X.

DICHOS, DON GENARO.

GEN. Hay permiso?

ANT. Adelante, don Genaro.

CAR. Calle, mi compañero de viaje.

GEN. Usted por aquí, amigo mio ?

ANT. De usted precisamente estábamos hablando.

GEN. De mí?

CAR. Le estaba contando al señor los amores que ha tenido usted con cierta mujer que hoy está casada.

GEN. (Demonio!) Con que le ha dicho usted...

CAR. Todo, menos el nombre de ella que no recuerdo en este instante.

GEN. (Respiro! Pues si lo recuerda y se lo dice al marido...)

CAR. Tiene usted la bondad de decirlo?

GEN. Yo? (Este hombre me vá á comprometer.) Perdone usted, caballero, es una cosa muy séria y no puedo...

CAR. No tema usted. Precisamente al señor le pasa una cosa parecida.

GEN. De veras?

ANT. (Se quiere usted callar!) (A Cárlos.) No le haga usted caso.

CAR. Tiene relaciones con una mujer hace mucho tiempo y trata de devolverle sus cartas.

ANT. (Pero hombre! (Aparte á Cárlos.) Y puedo saber don Genaro á qué tengo el gusto de verle á usted por aquí?

CAR. Pero en estos amores ha habido un niño de por medio.

GEN. Oiga! Esas tenemos, don Antonio?

ANT. No, si es una broma de este caballero. Quiere usted callarse con cien mil de á caballo! (Aparte á Cárlos.)

CAR. No tenga usted cuidado, que por mí no lo sabrá nadie.

ANT. (Ya lo estoy viendo.) Con que... qué se le ofrece á usted señor don Genaro?

GEN. Hombre, tenia que consultarle á usted sobre un pleito que tengo hace cinco años.

ANT. Pues si á usted le parece pasaremos á mi despacho.

GEN. Como usted guste. Hasta luego, amigo mio. (Bajo á Cárlos.) No diga usted nada á don Antonio de lo que hablamos en el tren.

ANT. Hasta despues, Espinosa. Usted se queda en su casa.

CAR. Mil gracias.

ANT. (Ojalá no hubieras parecido por ella.) Vamos don Génaro. (Vánse puerta segunda izquierda.)

ESCENA XI.

CARLOS, á poco TORIBIA con bata, foro izquierda.

CAR. Es un buen sugeto este don Antonio! Algo comu-

nicativo, eso sí, pero por lo demás... Hombre, envidio á las personas que no pueden guardar un secreto, son felices. Bien es verdad que eso vá en génios... y el mio es tan encogido y tan... nunca haré carrera.) A dónde vas? encantadora doméstica. (A Toribia que sale con una bata.)

TOR. Que ya le he dicho á usted que me llamu Turibia.

CAR. Bien, no te enfades y dime adónde vas.

TOR. A llevar al amu esta bata que se ha dejado en el comedor.

CAR. Ahora está muy ocupado en su despacho y podria reñirte, y yo no quiero que te riña. Trae, me la pondré yo y es igual. (Quitándole la bata y poniéndosela.)

TOR. Peru señuritu...

CAR. Precisamente no me he traido la mia! Mira, por lo fea me gusta.

TOR. Y qué vá á decir..?

CAR. Nada absolutamente, nada. Estoy seguro que él me la hubiera ofrecido. (Registrando los bolsillos.) Unos guantes de abrigo... tambien me los pondré; él me los hubiera ofrecido!.. Una cartera!.. Calla, la cartera que busca con tanto afan.

TOR. Pues démela usted se la llevaré.

CAR. Espera. (Abre la cartera.) Billetes de Banco... y en verdad que me hacen falta... él me los hubiera ofrecido. (Se los guarda.) Un paquete de cartas... Estas son sin duda de la mujer del niño. Oh! qué idea! Yo le he prometido acabar con estas relaciones; pues este es el modo. Oye, muchacha, vas á llevar este paquete de cartas á la calle de la Cruz, número 10, tercer piso. Pero enseguida, que la cosa urje. (Dándole el paquete de cartas.)

TOR. Y pur quién pregunto?

CAR. Preguntas por la señora del niño.

TOR. Esu es una vírgen.

CAR. No, esta no es vírgen. Le dices que don Antonio se ha muerto de repente y que le envia sus cartas.

TOR. Ave-María Purísima! Qué se ha muertu el amu? Cuándu?

CAR. Ahora mismo. Yo le he matado.

TOR. Usted? Favor! Socorro! al asesinu!

CAR. Quieres callarte condenada! Tu amo no ha muerto, está vivo.

TOR. Pues entonces pur qué ha dicho usted...

CAR. Porque le conviene decir á esa señora que ha muerto.

TOR. Ya! De modu que le digu que mi amu se ha muerto, pero que goza de buena salud.

CAR. No, que se ha muerto y nada más. Vete y no te detengas.

ESCENA XII.

CARLOS, á poco D. ANTONIO puerta segunda izquierda.

CAR. Pues señor, es una magnífica idea! Muerto el perro se acabó la rabia. Cuánto me lo vá á agradecer don Antonio.

ANT. (Saliendo.) Dónde demonios habré puesto ese libro?

CAR. Deme usted un abrazo.

ANT. Luego, que ahora tengo prisa.

CAR. Tengo que participarle una noticia que le vá á usted á alegrar.

ANT. Qué! ha escrito su papá de usted y le manda llamar?

CAR. Nada de eso. Yo he venido para ser su salvador.

ANT. (Pues aunque no hubieras venido...) En fin, qué ocurre?

CAR. Que he roto sus relaciones de usted con la mujer del niño.

ANT. Chist! baje usted la voz! Con qué dice usted?..

CAR. Que está usted libre de ese compromiso.

ANT. Y cómo se ha arreglado usted?

CAR. Sencillamente. En primer lugar, ha parecido su cartera.

ANT. De veras? Dónde estaba?

CAR. En un bolsillo de su bata de usted.

ANT. (Calla, y se ha puesto mi bata!)

CAR. Tómela usted. (Dándole la cartera.) En segundo lugar, he mandado á decir á esa señora que usted se habia muerto de repente...

ANT. (Qué barbaridad!)

CAR. Y que le mandaba usted sus cartas.

ANT. Qué cartas?

CAR. Toma, las suyas. Un paquete que habia dentro de esa cartera.

ANT. (Dios me valga!) Y las ha mandado usted...

CAR. A la calle de la Cruz, número 10, tercero.

ANT. Me ha comprometido usted! (El paquete de cartas de Julia!. Qué le voy á decir cuando me las pida? Pues digo la otra, cuando coja las cartas, vá á creer que yo me burlo de ella, y es muy capaz de venir aquí.) Pero á usted quién le mandaba...

CAR. Yo por hacerle á usted un favor...

ANT. Pero si esas cartas no... (Campanilla muy fuerte, foro derecha.) Llaman! Dios mio, ese modo de llamar... tal vez sea ella. Menudo escándalo me vá armar. (Sigue la campanilla.)

CAR. Pero usted no queria romper con ella?

ANT. Sí señor. Yo me escurro. Procure usted convencerla á que se vaya.

CAR. Fie usted en mí que yo lo arreglaré todo.

ANT. Diga usted que no estoy en casa.

CAR. Descuide usted. (Váse Antonio puerta segunda izquierda.)

ESCENA XIII.

CARLOS, á poco MERCEDES foro.

CAR. Aquí hay que obrar con mucha diplomacia. La

tranquilidad de don Antonio depende de mi buen éxito. Es preciso salvarle y lo salvaré.

MER. (Tanto llamar y estaba la puerta abierta... Calla, un desconocido con la bata de mi esposo?) Caballero...

CAR. Señora!.. (Pues viene muy pacífica. Y qué vieja es!)

MER. A quien tengo el honor...

CAR. Soy íntimo amigo de don Antonio. Usted sin duda creería hallarle en casa?

MER. Qué, no está?

CAR. No señora, acaba de salir en este momento con un amigo suyo, con don Genaro Perez.

MER. Cómo! ha estado aquí don Genaro?

CAR. Sí señora.

MER. (Vendrá á devolverme mis cartas!)

CAR. Hablemos con claridad, señora. Yo estoy enterado de todo.

MER. De todo?

CAR. Y es necesario que arreglemos este asunto amistosamente.

MER. No le comprendo á usted, caballero.

CAR. Pues es muy sencillo. Sé que don Antonio tuvo la debilidad de decirla á usted que la queria.

MER. Caballero! (Si estará loco!)

CAR. Y que usted le dijo que sí. No es esto?

MER. Sí señor; pero no entiendo...

CAR. Pues bien; las circunstancias han variado mucho.

MER. Cómo?

CAR. Al fin lo ha de saber usted; por consiguiente, es inútil ocultarlo por más tiempo. Sepa usted que don Antonio... (Ahora arma el escándalo gordo.) No es soltero.

MER. De verás? Já, já!

CAR. (Calla y se rie! Y yo que creia...)

MER. Y me lo cuenta usted á mí?

CAR. Eso quiere decir que usted lo sabia?

MER. Naturalmente. Pero caballero, usted sabe quién soy yo?

CAR. Sí señora, no lo he de saber?

MER. Pues me extraña...

CAR. El que yo la interrogue de este modo? Tengo poderes de don Antonio para hacerlo y para romper de una vez sus relaciones de usted con él.

MER. Cómo, qué dice usted?

CAR. Vamos, un poco de calma y atienda usted á razones. El es un hombre casado y puede llegar un dia á oidos de su mujer...

MER. Pero de qué mujer habla usted?

CAR. De la esposa de don Antonio.

MER. Pues entonces, yo qué soy?

CAR. Usted? Su esposa... moralmente.

MER. Luego tiene otra mujer?

CAR. Pues no se lo he dicho ya?

MER. Ah, infame! He de sacarle los ojos!

CÁR. (Ya estalló la bomba!) Usted lo que debe hacer es olvidarle y unirse á otro hombre.

MER. Señor mio!

CÁR. El ya no la quiere á usted, me lo ha confesado aquí mismo.

MER Luego quiere á la otra?

CAR. Naturalmente. Ya hace tiempo que hubiera dado este paso á no haberlo impedido el chiquillo.

MER. Qué chiquillo?

CÁR. Toma, el hijo que tuvo hace seis años.

MER. Luego ha tenido un hijo de esa mujer?

CÁR. No señora, de usted

MER. Mio? Usted está loco.

ESCENA XIV.

DICHOS, TORIBIA, foro.

TOR. Señuritu, ya he cumplidu el encargu. Se ha

puestu como un tigre y ha dichu que va á venir enseguida.

CÁR. Ya ha venido; mírala.

TOR. Nun señor, esa es mi señora.

CÁR. Cómo?

TOR. Que esa es mi señora.

CÁR. La esposa de don Antonio?

TOR. Justamente.

CÁR. Ay señora, dispénseme usted... la habia á usted tomado por otra... (Y yo torpe que la he dicho...) (Campanilla foro.)

TOR. (Están llamando, voy á abrir.) (Váse Toribia foro derecha.)

CÁR. (Gran Dios! Esa debe ser la otra. Y si se encuentran aquí las dos...) Señora, hágame usted el favor de retirarse á su cuarto.

MER. Antes es preciso que usted me explique...

CÁR. Todo lo que usted quiera. Pero retírese usted. (Empujándola á la puerta izquierda.)

MER. De ningun modo. Quiero esperar á mi esposo y saber la verdad.

CÁR. (Qué compromiso!) Pues bien, su esposo de usted está ahí dentro. (Por la puerta primera izquierda.)

MER. Sí? Voy á sacarle los ojos! (Váse.)

CÁR. (Es preciso entretenerla mientras la otra se marcha. (Váse.)

ESCENA XV.

JULIA, TORIBIA, á poco D. ANTONIO puerta segunda izquierda.

TOR. Voy á llamarle enseguida. (Váse.)

JUL. Aquí le espero. Es necesario que me entregue las cartas que turban mi tranquilidad y olvidar para siempre al desgraciado Luis. Genaro es tan celoso, que no me he atrevido nunca á confesárselo. (Salen Toribia y D. Antonio. Toribia se vá.)

ANT. Cómo, es usted Julia, la que me buscaba?

JUL. Sí señor. Tal vez sea una indiscrecion, pero es necesario que ahora mismo me entregue usted las cartas que le dió su sobrino.

ANT. (Por vida del hijo de mi amigo!) Señora, con mucho gusto lo haría; pero... no están en mi poder.

JUL. Que no las tiene usted?

ANT. No señora. Un amigo mio ha tenido la torpeza de mandarlas á la calle de la Cruz, número 10.

JUL. Me ha perdido usted. Todo el mundo se va á enterar y llegará á oidos de mi esposo, y él que es tan celoso...

GEN. (Dentro.) Pero don Antonio, dónde se mete usted?

JUL. La voz de mi esposo. Si me ve aquí soy perdida.

ANT. Por ahí no, que la verá á usted.

JUL. Ocúlteme usted por Dios!

ANT. Aquí, en ese gabinete. (Váse Julia puerta derecha.)

ESCENA XVI.

ANTONIO, MERCEDES, CÁRLOS, á poco D. GENARO.

MER. Te pillé!

ANT. (Uf! mi mujer!) (Cerrando.)

CAR. (No he podido contenerla.)

MER. Qué mujer es esa que has encerrado en ese cuarto? Responde.

ANT. Yo... si...

MER. Es quizás la madre del niño?

ANT. Qué niño?...

MER. El tuyo. Todo lo sé, infame. Me has estado engañando mucho tiempo, pero hoy, gracias al señor, he descubierto la verdad.

ANT. El señor no sabe lo que se dice. (Maldita sea la hora que vino á mi casa.)

CAR. En cuanto á eso, don Antonio, permítame usted que le diga que usted mismo me lo ha dicho.

Ant. Yo? (Pero este hombre quiere perderme?)

Car. Y si lo sabe esta señora, usted tiene la culpa. Me hizo usted tomarla por su amante.

Ant. (Pues cada vez lo enreda más.)

Mer. Niégalo ahora.

Ant. Pues lo niego.

Gen. (Saliendo.) Qué es esto? Qué pasa aquí?

Ant. (Ahora el marido! Esto vá á acabar mal.)

Mer. Mi marido, que tiene una mujer encerrada en ese cuarto.

Gen. Cómo?

Ant. No la haga usted caso don Genaro, son ilusiones de mi mujer.

Car. (Es preciso salvar á don Antonio.)

Mer. Pues si son ilusiones, déjame entrar.

Ant. De ningun modo.

Mer. Lo ves como es cierto?

Ant. (Aquí vá á haber un cataclismo.)

Car. (A D. Genaro.) Diga usted que es su mujer. (Alto.) Pues bien, señora, es cierto. En ese cuarto hay una mujer.

Ant. (Este hombre quiere que yo le mate.)

Gen. (A Cárlos.) Pero yo...

Car. (A D. Genaro.) Sí, es la madre del niño, la que le conté á usted antes. Ya vé usted que es preciso salvar á don Antonio. (Alto.) Y esa mujer es...

Mer. Su amante!

Car. No señora, la esposa de este caballero.

Ant. Cómo?

Mer. No es posible.

Car. Es la pura verdad. Y para convencerla á usted, voy á presentarla á su esposo y él le dirá á usted si miento. (Pasa á la derecha.)

Ant. Pero qué va usted á hacer?

Car. Cállese usted que le estoy salvando. (Entra en la puerta derecha.)

Ant. (Pues me gusta la manera.)

CAR. Salga usted, señora! Aquí la tiene usted. (Bajo á Julia.) Serenidad!

ESCENA XVII.

DICHOS, JULIA, á poco TORIBIA.

ANT. (Creo en Dios padre...)
GEN. Mi esposa!
CAR. Lo está usted viendo? señora. Disimule usted por Dios. (A Julia.)
JUL. Esposo!...
GEN. Rayos y centellas! Caballero, está usted seguro que esta señora es la madre del niño? (Cogiéndole de la mano y hablándole bajo.)
CAR. Segurísimo. Pero siga usted fingiendo.
ANT. Señor don Genaro, es preciso que yo le explique á usted...
GEN. (Sacando un revolver.) Miserable! Voy á levantarte la tapa de los sesos. (Apuntando á D. Antonio.)
ANT. (Corriendo.) Favor! Socorro!
MER. Don Genaro!
JUL. Esposo!
CÁR. Qué le ha dado á este hombre? Vamos, sosiéguese usted. Se ha vuelto usted loco?
GEN. Conque eres el amante de mi mujer?
ANT. Yo?
JUL. Qué dices?
CÁR. Pero es verdaderamente su marido?
ANT. Sí, hombre, sí; me ha perdido usted. D. Genaro, usted padece una equivocacion.
GEN. Tengo pruebas. El señor lo asegura.
CÁR. Porque él mismo me lo ha dicho.
MER. Será posible? Ya son dos!
JUL. Señor D. Antonio, semejante calumnia...
ANT. Pero si yo no he dicho...
CÁR. Cómo que no? Intentará usted negármelo? Preci-

samente yo le he contado á usted despues los amores que ha tenido el señor con una mujer que hoy está casada... (Por D. Genaro.)

JUL. Cómo?

MER. (Dios santo!)

CÁR. Sí señora; con... Mercedes Bueno. Al fin me acordé del nombre.

ANT. Con mi mujer!

JUL. Una amante. y venia dándome celos!

CÁR. Cómo, esta señora es...

ANT. Caballero, necesito una explicacion.

GEN. Pues bien; es cierto que esta señora y yo nos hemos amado, pero fué antes de que se casara con usted. Y para convencerle, le enseñaré unas cartas que obran en mi poder. Pero mi esposa...

ANT. Ha venido á recojer unas cartas que me habia entregado mi sobrino Luis antes de morir. Se habian querido...

TOR. (Saliendo.) Señuritu, esto han traido de parte de la señora del niño. (Dándolo un paquete de cartas y una suelta.)

ANT. Venga. El paquete de cartas. Aquí tiene usted la inocencia de su esposa. (Entregándole el paquete.)

JUL. Mi única falta ha sido no decirte la verdad. Temí tus celos...

GEN. (Sin embargo, las leeré para convencerme.)

MER. De modo que tú...

ANT. (Que ha estado leyendo la carta.) Fuí culpable, pero un sincero arrepentimiento todo lo borra.

MER. Pero ese niño...

ANT. Murió, y su madre me escribe que se marcha á Bueno-Aires con un sub-teniente de infantería.

CÁR. Conque al fin se han entendido? Buen trabajo me ha costado el arreglar á ustedes.

(Al público.) Ahora mi temor empieza...
tengo miedo, con franqueza;
se pasan unos sudores

al decir á estos señores
si les agrada la pieza!....
En fin, tengamos valor
y acabemos la jornada.
¿Quieren hacerme el favor
de otorgar una palmada
á nosotros y al autor?

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¿Quién es el muerto?
El alcalde popular.
Lo que parece y no es.
A la Habana me vuelvo.
¡Mi sobrino!
A cenar.
Antes de amanecer.
Los gabanes.
Por un portugués.
El coracero.
De vuelta del otro mundo.
Quien quita la ocasion.
¡Adelina!
El hijo de su Excelencia. (Juguete en dos actos.)
La primera y la última.
¡El pirata! (Drama en tres actos y un prólogo.)
La familia Pesadilla. Comedia en dos actos.
El hijo de mi amigo.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.